

El título que Ariel Magnus le ha dado a su biografía de Juan Filloy, “un atleta de las letras” hace sospechar una biografía deportiva. El subtítulo (pero también “las letras”) prometen, sin embargo, “una biografía literaria”.

Las 450 páginas que siguen a esa promesa inicial constituyen una biografía inteligente sobre un escritor muy transitado pero también muy clausurado, muy encerrado en el cepo de un mito remoto y reiterado que ha sido perjudicial para el artista y cómodo para la crítica.

Es, además de inteligente, una biografía obsesiva, felizmente obsesiva: Magnus no investiga, escarba; no cuenta, revela; no afirma, sospecha; no parafrasea, transcribe; no escatima lecturas, las multiplica y las hace escritura y, sobre todo, Magnus no se contiene, se deja fascinar.

Por la figura de Filloy y por los diversos textos que le permiten evocarla o más bien diseñarla, construirla: obras editadas e inéditas del propio Filloy, pero también y, muy especialmente, un enorme volumen de fuentes bibliográficas, periodísticas y documentales. En un país donde documentarse (dar con las fuentes documentales) es una aventura accidentada, plagada de obstáculos y vacíos cuando no de endriagos y custodios (o de endriagos-custodios de las fuentes documentales cuando las hay) este es un mérito no menor.

Y siendo el biografiado un escritor cuya obra se escribió en una ciudad de provincias y se publicó mayormente en forma privada, el mérito es doble. Si además se considera que el biografiado tuvo la indecencia (o la insenescencia) de vivir 106 años, el mérito es triple: porque una cosa es biografiar a Lord Byron, Emily Brönte o Roberto Arlt (todos fallecidos jóvenes) y otra muy distinta a quien atravesó, como se ha dicho muchas veces, tres centurias.

Tal como el género lo demanda, la biografía tiene un orden cronológico cuyo andar Magnus ralentiza aquí y allá para atender a núcleos temáticos que dan cuenta de la poliédrica personalidad de JF. Como es natural, el relato empieza por la infancia, sigue por la vida universitaria y la mudanza a Río Cuarto y sus primeros pasos en esa ciudad: el desempeño profesional en la justicia provincial y el periodístico en *El Pueblo*, los primeros libros, el noviazgo epistolar con Paulina (escandida en capítulos alternados, la narración de ese noviazgo o de la seducción epistolar que lo precedió le da a la biografía

las formas de una novela romántica o de suspenso), los años de silencio editorial, la jubilación y la actuación en el Rotary Club, los viajes (que Magnus sigue de cerca y paso a paso, casi como un valet), etc. La reincorporación a la justicia después del 55 le permite explorar al autor la actuación de Filloy como camarista, para lo cual va y hurga en los archivos de tribunales los fallos del juez para constatar que “bregaba por una justicia moderna, menos apegada a la letra muerta que al sentido común, y que hiciera empatía con las víctimas” (266-267). Después vienen los 60 y los 70: la fundación de la SADE filial Río Cuarto y la vicepresidencia de la SADE nacional, el viaje a Europa (el segundo), las publicaciones de Paidós, la construcción del mito-Filloy a fuerza de malentendidos y datos apócrifos (por fin alguien –Magnus– resuelve el misterio de la supuesta frase de Alfonso Reyes sobre Filloy), la vuelta a las publicaciones privadas, el episodio de *Vil & Vil*, el regreso a Córdoba. La mala noticia es que al final, Filloy muere.

### **Investigar/escarbar; contar/revelar**

Como he anticipado, a lo largo de este camino de 106 años (de 370 páginas, sin contar los apéndices finales), Magnus antes que investigar, escarba y antes que contar revela. A partir de una pesquisa minuciosa –obsesiva– por documentos, públicos o privados pero en cualquier caso, más o menos secretos (como se ha querido de la figura de Filloy) Magnus revela lo anecdótico que no por periférico deja de ser sustancioso. Revela, por ejemplo, que Juan Filloy fue bautizado en la Iglesia del Pilar como Juan del Corazón de Jesús; que quizá tuvo una media hermana más de las que se han contabilizado (Paula Cremer, que habría fallecido de muy pequeña); que su monograma surgió vinculado, no a su labor literaria sino a su profesión de abogado y que originalmente incluía la inicial de su nombre; que tenía acné, admiradoras secretas y no tan secretas, debilidad por el arroz con leche y un gato llamado Mushusha; que le encantaba la moda, la cultura japonesa, dormir en el cine y silbar; que contribuyó a diseñar la estatua de San Martín de Río Cuarto; que, además de cesantearlo en la justicia, el gobierno peronista clausuró el negocio de sus hermanos por una diferencia de caja de dos centavos; que el primer

viaje a Europa lo hizo en el camarote 159 del paquebote “Cap Polonio” perteneciente a la Hamburg-Süd, etc.<sup>1</sup>

La obsesión por el detalle, le da a Magnus visos de relojero, orfebre o miniaturista. Esa obsesión, sin embargo, se dispara. Se dispara de la pieza diminuta (el dato menor) hacia el mundo y sus alrededores. De tanto en tanto, Magnus levanta la vista de su miniatura y entonces puede anotar, por ejemplo, que la vinculación tan estrecha de Filloy con la grafología habría ocurrido por mediación de Arturo Capdevilla, miembro fundador de la Sociedad Argentina de Grafología que comenzó a funcionar en 1929, pero, además, que “las primeras sistematizaciones de esta práctica fueron realizadas en Francia a mediados del siglo XIX, de la mano del abate Michón” aunque recién cobró auge a principios del siglo XX y a través de la escuela alemana, etc. etc.

Magnus pone el dato en contexto y pone el dato en el tapete. Porque, si su obsesión de miniaturista lo conduce a buscar las fuentes documentales más insospechadas, su olfato de pesquisa lo lleva a emplearlas no solo en hacer revelaciones nuevas sino en desmentir otras viejas sobre Juan Filloy, algunas (casi todas) difundidas por el propio Filloy y luego repetidas por quienes de un modo u otro se ocuparon de él. Magnus busca fuentes, las pone bajo la lupa, sospecha, contrasta y desmiente. Desmiente que Filloy haya sido miembro fundador del Club Atlético Talleres (lo siento por el Matador: es lo mejor que tenían después de la hinchada). Desmiente que la correspondencia entre Filloy y su esposa previa al casamiento haya sido estrictamente literaria y sin intercambio de fotos. Husmea en los diarios de Paulina y desmiente, también, que los años posteriores de matrimonio hayan sido –como dijo Filloy muchas veces– sin un sí ni un no. Desmiente que Filloy haya nacido en el solar mismo donde se fundó la ciudad de Córdoba según señaló en sus memorias de infancia: él nació allí, efectivamente, pero resulta que Córdoba, no. Revisa los archivos del Monserrat y desmiente<sup>2</sup> que Filloy haya obtenido alguna vez un nueve en geografía según dice en las mismas memorias.

---

<sup>1</sup> Magnus visita los sitios por los que transitó Filloy y como un pesquisa talentoso lee en los espacios en los que Filloy dejó su huella: “En una puerta de lo que en su momento era el gabinete de Física [del Colegio Nacional de Monserrat] todavía se puede ver la inscripción que hizo de sus nombre al recibirse” (p. 25).

<sup>2</sup> Así como desmiente, Magnus cree. Cree que efectivamente *Aquende* estuvo a punto de no ser publicado por los Ferrari, pero acaso haya que creer más bien en una treta (usual en todo regateo) que Filloy emplea para que le hagan rebaja: decir que otros le habían ofrecido un precio menor (p. 170).

### **Revisar el mito**

Lo más interesante que hace Magnus en su libro, sin embargo, no es revisar las afirmaciones de Filloy sino aquellas del mito construido alrededor de él. Una biografía sobre el autor de *Caterva* difícilmente podía eludir ocuparse de los lugares comunes que alimentaron ese mito: las publicaciones de autor, el silencio editorial que va 1939 a 1967, el fantasma del precursor, la influencia sobre Cortázar, los títulos de siete letras, etc.

(Publicaciones.) Como no podía ser de otra manera, Magnus explora las causas que habrían empujado a Juan Filloy a publicar en forma privada para regalar a los amigos sustrayéndose así de los circuitos previstos por el mercado. En esa exploración encuentra las conjeturas ya sabidas. Una que hace hincapié en la censura vigente en la época y en la autocensura del escritor cuyo pudor le fue impuesto “por la labor de juez respecto de una literatura en muchos aspectos inclinada al impudor”, como supo decir Martín Kohan. Otra conjetura es aquella, muy atendible, que echa mano a cierto contexto de época en el marco del cual las ediciones privadas no eran tan inusuales (y no lo eran porque el mercado editorial no estaba tan desarrollado, menos en Córdoba y menos que menos en Río Cuarto).

Sin desestimar ninguna de estas conjeturas, Magnus aporta las suyas. A su juicio, sobre la decisión de publicar solo para regalar a los amigos (eso que Filloy llamó *edicta amicorum*) pesarían potentes razones psicológicas o de carácter: a la siempre esgrimida timidez de Filloy (ya refutada por Sandra Gasparini) Magnus agrega otros rasgos de carácter que me han parecido, desde antaño, mucho más interesantes: la obsesión, el afán controlador, el rechazo a la sanción habrían obrado para que Filloy se retrajera “como un tejón en su hura”, según supo decirle Alfredo Martínez Howard, y le esquivara a las casas editoriales. Una segunda hipótesis que Magnus considera y con la cual simpatiza es cierta compulsión que habría animado a Filloy a escribir para sí mismo.

Esta es una tesis que no me convence para nada. Pero no me importa porque Magnus refuta *mi* hipótesis sobre las ediciones privadas de Filloy lo cual me halaga por un lado y me indigna por el otro. Esta generosa invitación a presentar *Un atleta de las letras* es una hermosa oportunidad para refutar la refutación que me hace Ariel Magnus. Cuando digo que tal vez las ediciones privadas fueron un modo de garantizarse la fama a la que

teóricamente Filloy le quitaría el cuerpo, no me refiero a “un plan maquiavélico” ni “un plan de marketing” (84)... Lo primero sugiere que Filloy era un inmoral; lo segundo, que podría haber sido un exitoso empresario... Mi hipótesis es que ni siquiera era un plan, en el sentido de un hacer consciente orientado a un fin, sino la opción que un sujeto cuyo origen social deslucido no hacía prever el recorrido que después trazó, y que de alguna manera estaba orientada (la opción, la de publicar en formar privada) a lograr participar de un ámbito que le era por ese mismo origen, más bien ajeno y, al cabo, a lograr cierta visibilidad en él...

Junto con el misterio (no tan misterioso) de las ediciones privadas –pegado a él–, está aquel asunto del desdén por la fama y el apego, en cambio, a la figura del escritor escondido. Magnus afirma que el desinterés por la fama es gesto que Filloy copiaría de la vanguardia –puntualmente de los surrealistas– y de Plinio el Joven (p. 84). Pero también en este punto el biógrafo sospecha y desmiente. Según él, un indicio poderoso de la falsedad de ese desdén es la “cuantiosa documentación” que Filloy conservó “ordenada para la posteridad”. (En esto sí estamos de acuerdo: me ha parecido lo mismo cada vez que he tenido oportunidad de intimar con esa documentación... aunque... sería como admitir que Filloy sí tenía un plan... un plan para la posteridad que Ariel Magnus ha venido a cumplir con una minucia que a Filloy le hubiera encantado.).

“Con *Finesse* –dice Magnus– se cierra el ciclo de libros que instauraron el nombre de Filloy en el mundo literario argentino y aun hispanohablante. Su difusión, en términos epistolares pero también mediáticos, fue notoriamente amplia para tratarse de libros que no salieron por editoriales comerciales ni se podían comprar en las librerías” (p. 197). Esta afirmación viene a refutar no ya la aversión de Filloy a la fama (la hipótesis del escritor oculto: cara) sino la idea de que jamás tuvo reconocimiento alguno (la hipótesis del escritor olvidado: cruz).

Magnus explora otros de los lugares comunes que han alimentado el mito Filloy: el silencio editorial que siguió a *Finesse*, la relación con Cortázar, los títulos de siete letras.

Respecto del primero (el silencio editorial que va de 1939 a 1967) Magnus afirma que habría sido menos premeditado que impuesto (por estrictas razones económicas) y más prolongado de lo deseado (p. 207). Esa suerte de Edad Media en la vida y la producción filloyana es desmenuzada por Magnus con pasión de documentalista que se pregunta:

¿qué hace el escritor que escribe y no publica, que escribe y acumula? Una afirmación de Magnus es que eso acumulado habría sido publicado después un poco a destiempo (una idea que también comparto).

Por lo que concierne al vínculo con Cortázar, Magnus se aventura un poco más allá de ese camino trillado que conduce de *Rayuela* a *Caterva* o al revés y lee *La vuelta al día en ochenta mundos* y algunas fuentes documentales que confirmarían la admiración del escritor del *boom* por el escritor de provincias (190).

Y en cuanto a las siete letras... bueno... hay una hipótesis un poco vacilante a propósito de los siete hermanos que sumaban los Filloy y los Cremer, pero este es uno de los lugares en que el biógrafo, sin ceder en el rigor y la minucia con que indaga al biografiado, se deja fascinar por él. Magnus se obsesiona a tal punto con el número siete que todo lo cuenta: letras, personajes, pero también fechas que si no dan siete, dan múltiplo de siete: “Exactamente la misma fecha que pidió que figurara en *Caterva*, un año antes. Nótese ahora que la suma interna del año, 1938, también da 21, múltiplo de 7” (p. 295).

En otros momentos de debilidad, Magnus sucumbe al mito e incurre en los lugares comunes, en lo ya dicho sobre Filloy: Filloy, el escritor inclasificable (p.78); Filloy el escritor precursor de otros escritores. Pero, incluso entonces, Magnus desacomoda el mito y desplaza las placas tectónicas que lo tenían fijado a su eje inamovible. El precursor ya no lo es de Marechal y Cortázar: Filloy se adelanta a Deleuze y Guattari, a Walter Benjamin, a Ariel Dorfman. Se adelanta a Borges en la traducción y difusión de los haikais y a Puig al introducir en *Estafen* “la primera historia gay de la literatura argentina” (p. 100), mientras que Verena Briggs, la fogosa protagonista de *La Potra* sería “la primera mujer de la literatura argentina (...) que menstrúa y nos muestra su clítoris” (p. 158). Atento a las modas académicas vigentes, estas afirmaciones *garpan*, como se dice ahora. En algún sentido Magnus trata de convencernos de la actualidad de Filloy y lee *Op Oloop* con la lupa del *pop art*. (¿Será el suyo un plan secreto, un plan “maquiavélico” para hacernos leer a Filloy?).

### **Leer**

Magnus lee. Ello explica que la biografía obsesiva sea también una biografía literaria. ¿Pero qué lee Magnus de/en Filloy? Magnus lee todo. Es un omnilector.

Lee, por caso, la correspondencia de Filloy con su esposa que según revela permanece guardada en una carpeta con el título *Génesis* y la inscripción “Paulina y Juan, inefable pareja unánime”. Magnus comparte esas cartas que exudan seducción y galantería primero, melancolía después y complicidad finalmente, pero que sobre todo aportan el grueso de los datos que el biógrafo recoge para hilar esa vida prolongada (con sus viajes, sus libros, sus premios, sus reuniones, sus fundaciones pero también su cotidianeidad). Magnus agradece que la aversión de Filloy al teléfono y los largos períodos en que, aun después de casados, los esposos debieron permanecer separados por circunstancias varias (felices o no tanto, o no en absoluto) haya prosperado en esas cartas tan valiosas.

Las cartas de amigos, lectores y editores son fuentes documentales que también Magnus lee, junto con documentos relativos a la vida doméstica y familiar y otros estrechamente vinculados a la actuación judicial de su biografiado.

Pero además, Magnus lee la literatura de Filloy. Toda su literatura. Los libros editados y los inéditos. En unos y otros rastrea las huellas de lo biográfico. Busca hacer dialogar la obra con la vida o, al revés, la vida con la obra: “en lo que resultó particularmente rica la infancia de Filloy fue en grandes personajes, del tipo que luego poblaría sus novelas” (p. 22) “reminiscencias ficcionalizadas de su vida universitaria aparecerían en el ya mencionado relato ‘Berenice Popham’ de su libro *Mujeres*” (p. 37); “La infancia de colarse en la ópera aparece retratada en “Justicia Pragmática” de *Gentuza* (P. 20); “Una anécdota que lo tiene de protagonista [al medio hermano Pablo Cremer] migró directamente a su cuento “As de espadas” del libro *Los Ochoa*” (p 22).

Pero además, Magnus lee la literatura de Filloy para dar cuenta de su catadura y entonces se detiene a hacer análisis meditados que informen al lector sin aburrirlo. En ese trance, lee también la génesis de los textos: lee la realidad detrás, o adelante o antes de la ficción y encuentra en los registros que Filloy llevaba de su actuación judicial, al estafador que habría inspirado *Estafen*. Lee una de las glosas del día que Filloy escribía para el diario *El Pueblo* y encuentra que la génesis de *Caterva* sería una noticia periodística de 1924 sobre el robo a una mendiga por parte de otros mendigos (p. 186).

Leer la génesis de los textos implica también leer borradores y pre-textos. Magnus lee, en efecto, los originales y coteja con lo editado y en alguna ocasión se lamenta. Por ejemplo, al referirse a “uno de los capítulos que [Filloy] dejó escritos para agregar a una

segunda edición [de *Periplo*] (que recién llegaría en 2007 y se limitaría a reproducir la primera)...” (p. 65).

Si los pre-textos son, además de los borradores, todos aquellos textos previos que el libro atrae como un vórtice imantado, Magnus también va a leerlos. Así, *El camino a Buenos Aires*, de Albert Londres resuena como un eco en el “Itinerario verde” de *Periplo* y en *Op Oloop* donde también están Platón, Freud, Romaines y por supuesto el *Ulises*, de Joyce (p. 157). El colmo de esta pesquisa acaba en la biblioteca de Filloy, donde Magnus chequea los libros que este tenía en su haber y registra aquellos con marcas de lectura (un trabajo que pocos han hecho, como no sean Argañaraz y Ferrari al explorar el vínculo del escritor con la psicología y el psicoanálisis). Más amplio en sus búsquedas, Magnus constata, por ejemplo, que, acaso agobiado y aburrido, Filloy rebautizó *Durises* al *Ulises* (p. 157). De nuevo fascinado, Magnus lee aquello que Filloy lee: rastrea el origen de sus citas y hasta conjetura sobre el modo como el escritor pudo encontrarse con ellas (p. 72).

Cada libro que aborda (cada libro de Filloy que Magnus aborda) lo obliga a salirse de ese libro porque además de los textos y sus pre-textos Magnus lee las lecturas de los otros: de los críticos que escriben en los diarios y de los lectores que escriben en la correspondencia que Filloy recibió a lo largo de toda su vida y que Magnus revisa celosa y extensamente. Para cada libro el recorrido se reitera: antecedentes, pretextos, repercusiones en la prensa y entre los “lectores de a pie”, como los llama Magnus.

Pero además de los textos editados, Magnus lee los textos inéditos. El trabajo es de exhumación: sacar a la luz esos originales absolutamente desconocidos y varias veces mentados (incluso, o sobre todo, por el propio autor) pero nunca antes citados: por ejemplo, *Ironiké*, *Nefilim* y *Los padecimientos de la virtud*, esa primera novela de Filloy “sabiamente salvada del deseo de publicación” (40).

Al margen de estos inéditos, Magnus halla y lee los textos de Filloy que nadie siquiera sospechaba: una breve historia del ajedrez en Córdoba (p. 33), un poema satírico sobre el fútbol (p. 36), un poema firmado con el seudónimo Agamenón y publicado en un matutino riocuartense ya desaparecido.

Y hablando de matutinos, hay que decir que Magnus lee también los textos periodísticos de Filloy, especialmente las “Glosas del día” publicadas en *El Pueblo* durante las décadas del 20 y del 30 (las que el propio Filloy seleccionó y reunió en una carpeta de



“Glosas malas peores y pésimas” pero también las aparecidas en el diario que no acabaron en ese purgatorio personal). En alguna de esas glosas Magnus lee, por ejemplo, el anticlericalismo que podría haber detectado en *Caterva*, la novela más conocida de Filloy. En este sentido, su biografía escapa al facilismo y a lo convencional y a lo ya conocido. En otra ocasión las glosas le sirven para leer una cierta semejanza de Filloy con Arlt que, si se exceptúan los trabajos de Cristina Pérez Múgica, ha sido pocas veces explorada.

### **Transcribir**

Hay que decir que, además de leer, Magnus *invita a leer* eso que él ha leído. Magnus transcribe largamente. La suya es una biografía generosa que pone a disposición del lector extensos fragmentos de aquellos documentos, libros y, en fin, textos más o menos remotos o definitivamente inaccesibles que él ha ido a consultar a diversos archivos (una búsqueda que implica desplazamientos espaciales). Esa generosidad se hace patente en los dos Apéndices incluidos al final: uno en el que el autor reseña todos y cada uno de los textos que Filloy dejó sin publicar, otro en el que comparte algunas cartas de la correspondencia recibida por el escritor a lo largo de su carrera literaria. Esta generosidad lo lleva a compartir también algunos documentos gráficos y fotográficos: imágenes de Filloy en viaje, dibujos de su autoría, portadas originales de sus primeros libros, reproducciones digitales de manuscritos y dactiloscritos, etc.

### **Fascinar(se)/Escribir**

Magnus se deja fascinar por los documentos y comparte su fascinación. Se deja fascinar por Filloy y sucumbe a sus modismos y a sus sofisticaciones lingüísticas. Magnus no escribe como Filloy pero aprende con él: “Viaraza, otra de esas palabras que nos recuerda Filloy, no sólo es perfectamente precisa (“acción inconsiderada y repentina”), sino también sutilmente irónica (pues su acepción más moderna es la de “flujo de vientre”, sobre todo de los caballos) (p.15); “la palabra “virtualizar” es otro de esos filloysmos (...) que no resuelve el diccionario”. “El churcal (zona de churques o espinos) contrasta con el parterre también por el hecho de que esta última palabra se encuentra bendecida por el diccionario”, etc.

Acaso hay que atribuir también a esa fascinación (o a una saludable prudencia) que Magnus copie sin juzgar algunos textos privados o públicos en los que Filloy dejó asentadas impresiones no del todo afortunadas. Por ejemplo, aquellas que le produjo su visita a Lima y que estampó en una carta a Paulina: “Lima es la ciudad más hermosa de todo el continente hispano que llevo visto. Aquí no hay negros y los collas e indios apenas se ven. Espléndida en construcciones coloniales, su conservación se ve que es motivo de permanente alivio. La vida edilicia, de tipo argentino, de grandes avenidas y elegantes hoteles, discrepa en absoluto de lo visto en Panamá y Ecuador (p. 256). Como el viajero que Filloy diseñaba el *Periplo*, Magnus “constata y parte de nuevo” sin emitir juicio de valor.

### **Concluir**

Durante años de lectura, investigación y escritura yo sí he juzgado a Juan Filloy, pero sobre todo he batallado (a veces un poco ampulosamente) contra la figura del escritor escondido que se construyó en torno suyo.

La biografía que ha escrito Magnus revela lo escondido de Filloy, los detalles, las miniaturas que no sabíamos de lo ya sabido y aquello que no se sabía en absoluto. Todo lo cual habilita a nuevas lecturas de su literatura (que, como llevo dicho, el propio Magnus ensaya) y destierra para siempre otras que ya no serán posibles (¡que por suerte ya no serán posibles!).

Si Magnus revela lo escondido de Filloy, en cambio, se cuida mucho de revelar el final de las novelas que Filloy escribió. Por ejemplo, el final de *Estafen*. Incluso llega a recortar la cita de alguna carta de Bernardo Canal Feijoo a propósito de esa novela con tal de no *spoilearla*. Esa elipsis no deja de ser una invitación a leer a Filloy. Toda su inteligente biografía invita a esa lectura o relectura. Yo no he sido tan prudente como él lo ha sido con Filloy y acaso me he excedido contando lo que su biografía cuenta. Tómese esta imprudencia también como una invitación: una invitación a leer la biografía (literaria, obsesiva, maratónica) que Ariel Magnus ha escrito sobre Juan Filloy, un atleta de las letras.